Jane Austen

Mansfield Park

Traducción de Miguel Ángel Pérez Pérez

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Mansfield Park*

Primera edición: 2013
Tercera edición: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Lucía M. Diz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Miguel Ángel Pérez Pérez, 2013
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2013, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-609-6
Depósito legal: M. 20.868-2019
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 Capítulo 1
22 Capítulo 2
38 Capítulo 3
54 Capítulo 4
69 Capítulo 5
81 Capítulo 6
98 Capítulo 7
116 Capítulo 8
128 Capítulo 9
148 Capítulo 10
162 Capítulo 11
173 Capítulo 12
183 Capítulo 13
197 Capítulo 14
209 Capítulo 15
225 Capítulo 16
236 Capítulo 17
245 Capítulo 18
258 Capítulo 19
276 Capítulo 20
289 Capítulo 21
302 Capítulo 22
319 Capítulo 23

336 Capítulo 24
349 Capítulo 25
369 Capítulo 26
382 Capítulo 27
398 Capítulo 28
412 Capítulo 29
424 Capítulo 30
434 Capítulo 31
449 Capítulo 32
469 Capítulo 33
481 Capítulo 34
497 Capítulo 35
512 Capítulo 36
526 Capítulo 37
539 Capítulo 38
558 Capítulo 39
565 Capítulo 40
574 Capítulo 41
586 Capítulo 42
595 Capítulo 43
603 Capítulo 44
616 Capítulo 45
628 Capítulo 46
643 Capítulo 47
661 Capítulo 48

Capítulo 1

Hace unos treinta años, la señorita Maria Ward, de Huntingdon, la cual contaba con una dote de sólo siete mil libras, tuvo la buena suerte de cautivar a sir Thomas Bertram, de Mansfield Park, mansión sita en el condado de Northampton, con lo que se vio elevada a la posición de esposa de un baronet y pudo gozar de todas las comodidades y prestigio de una espléndida casa y una gran renta. Todo Huntingdon se admiró de la gran boda que había hecho, y su propio tío, el abogado, reconoció que a Maria le habían faltado al menos tres mil libras para que se pudiera decir que había llegado a ese matrimonio en una situación de igualdad con el novio. Tenía dos hermanas que se podrían beneficiar de su ascenso social, y aquellos de sus conocidos que pensaban que la señorita Ward y la señorita Frances[1]

1. Entre las hijas solteras de una familia, a la mayor se la llamaba por el apellido de la familia y a las demás por el nombre de pila. Por lo

eran tan atractivas como la señorita Maria, no vacilaron en afirmar que también se casarían muy bien. Sin embargo, es evidente que no hay en el mundo tantos hombres que posean una gran fortuna como mujeres bonitas que se los merezcan. La señorita Ward, al cabo de una media docena de años, no tuvo más remedio que unirse al reverendo señor Norris, un amigo de su cuñado que apenas contaba con fortuna personal, mientras que a la señorita Frances le fue incluso peor. De hecho, tampoco es que el matrimonio de la señorita Ward fuese tan deleznable, ya que sir Thomas estuvo encantado de dar a su amigo el beneficio eclesiástico de Mansfield, y así los señores Norris pudieron comenzar a disfrutar de su felicidad conyugal con una renta de casi mil libras al año. Sin embargo, la señorita Frances se casó, como suele decirse, por llevar la contra a su familia, y hemos de constatar que, al decidirse por un teniente de infantería de marina que no tenía ni formación, ni fortuna ni parientes, lo consiguió de pleno. No podría haber hecho una elección más perjudicial. Sir Thomas Bertram tenía influencias que, tanto por principios como por orgullo, tanto por su voluntad general de hacer lo que consideraba correcto como por su deseo concreto de que todos quienes estuvieran emparentados con él gozasen de una situación respetable, habría puesto en práctica con mucho gusto para beneficio de la hermana de lady Bertram. La profesión del marido de ésta, empero, no permitía que se pudiese ejercer

tanto, la que se convertirá en la señora Norris es la mayor, mientras que Maria (lady Bertram) y Frances (la señora Price) son más pequeñas. Fanny es un diminutivo de Frances. *(N. del T.)*

influencia alguna, y antes de que tuviera tiempo de dar con alguna otra forma de ayudarles, ya se había producido una ruptura total entre las hermanas. Fue el resultado lógico de la conducta de cada una de las partes, además de ser lo que casi siempre ocurre cuando se hace un matrimonio imprudente. Para ahorrarse reproches inútiles, la señora Price no escribió a su familia sobre el asunto hasta que ya estuvo casada. A lady Bertram, que era una mujer muy pacífica y de carácter en extremo relajado e indolente, le habría bastado con dejar de tratarse con su hermana y no volver a pensar en el tema nunca más, pero la señora Norris tenía un espíritu muy inquieto que no quedó conforme hasta que hubo escrito una larga y airada carta a Fanny en la que le recalcaba la estupidez que había cometido, y la amenazaba con todas las posibles consecuencias dañinas de la misma. La señora Price, por su parte, se sintió herida e injuriada por esas palabras, así que respondió con otra misiva llena de tanta acritud, que abarcaba por igual a sus dos hermanas, y en la que hacía unos comentarios tan irrespetuosos sobre el orgullo de sir Thomas, los cuales la señora Norris fue incapaz de callarse, que puso punto final a todo contacto entre las tres familias durante largo tiempo.

El que sus casas estuviesen tan distantes, y los círculos en que se movían fueran tan distintos, hizo prácticamente imposible que tuvieran forma de saber nada de la existencia de los otros durante los once años que siguieron, o cuando menos hizo que sir Thomas se sorprendiese sobremanera de que la señora Norris pudiese informarles, como hacía cada cierto tiempo en tono airado, de que Fanny había tenido un nuevo hijo. Al cabo de esos once

años, no obstante, la señora Price ya no se pudo permitir el lujo de albergar ningún orgullo o rencor, ni de perder para siempre el trato con unos parientes que era muy posible que pudiesen ayudarla. Una amplia familia que iba en aumento, un marido inútil para el servicio activo, aunque no para que le siguiese gustando juntarse con sus amigos y beber buen licor, y una renta muy pequeña con la que subsistir, hicieron que anhelara recuperar a esos familiares a los que había sacrificado de forma tan irreflexiva, de manera que envió una carta a lady Bertram en la que hablaba, con tanta contrición y abatimiento, de su sobreabundancia de hijos y de su carencia de prácticamente todo lo demás, que era normal que predispusiese a todos a reconciliarse. Estaba a punto de ponerse de parto por novena vez, y tras lamentarse de dicha circunstancia e implorarles que aceptasen ser los padrinos de la criatura que esperaba, no les ocultaba que consideraba que su intervención podría ser decisiva para mantener en el futuro a los ocho que ya existían. El mayor era un chico de diez años que era muy bueno y ansiaba ver mundo, mas ¿qué podía hacer ella? ¿Cabría la posibilidad de que en un futuro pudiese ser útil a sir Thomas velando por los intereses de sus propiedades de las Indias Occidentales? No habría ningún puesto que les pareciese demasiado bajo para él. O ¿qué le parecería a sir Thomas meterlo en la academia militar de Woolwich? O ¿qué se podía hacer para mandar a un muchacho a la India?

La carta no fue infructuosa, pues restableció la paz y los buenos sentimientos entre ambas partes. Sir Thomas envió algunos amables consejos y palabras de afecto,

lady Bertram dinero y ropa de niño, y la señora Norris se encargó de escribir las cartas.

Esos fueron los resultados inmediatos, pero al cabo de un año hubo otro aún más importante para la señora Price. La señora Norris comentaba a los Bertram con cierta frecuencia que no dejaba de pensar en su pobre hermana y en su familia y que, si bien ya habían hecho todos mucho por ella, seguía sin parecerle que fuese bastante, hasta que terminó por reconocer que lo que más le gustaría sería que aliviasen por entero a la pobre señora Price de la carga y gastos de uno de sus muchos hijos. «¿Y si entre ellos se ocuparan de criar a su hija mayor, que entonces tenía nueve años, edad en la que se requerían más cuidados de los que su pobre madre podría darle? Las molestias y los gastos que les causaría no serían nada en comparación con la satisfacción de realizar tan buena obra». Lady Bertram estuvo de acuerdo al instante:

–Es lo mejor que podemos hacer –afirmó–. Vamos a escribirle para que nos mande a la niña.

Pero sir Thomas no podía dar su consentimiento de forma tan repentina e incondicional. No dejaba de meditar al respecto y de tener sus dudas: era una carga muy seria; criar a la chica implicaría también concederle una dote adecuada, o de lo contrario separarla de su familia sería más un acto de crueldad que de bondad; también tenía que pensar en sus cuatro hijos, dos de ellos varones, y en esos casos de primos que se enamoraban entre sí, etcétera; pero en cuanto hubo comenzado a manifestar abiertamente sus objeciones, la señora Norris lo interrumpió para rebatirlas todas, tanto las que ya había planteado como las que no:

–Mi querido sir Thomas, le comprendo perfectamente y admiro la generosidad y delicadeza de sus ideas, las cuales están en perfecta consonancia con la conducta por la que siempre se rige usted, como también estoy del todo de acuerdo en que habría que hacer cuanto se pudiese por una niña de la que uno se hiciera cargo. Desde luego sé que yo sería la última persona del mundo que se negase a contribuir con su pequeña aportación en una situación así. Al no tener mi propia descendencia, ¿a quién iba a dar lo poco de lo que pueda disponer sino a los hijos de mis hermanas? Y además estoy convencida de que el señor Norris es demasiado justo como..., pero bueno, ya sabe usted que soy mujer de pocas palabras y efusiones. El caso es que no debemos permitir que una minucia nos amedrente a la hora de hacer tan buena obra. Con dar a una chica una buena educación y presentarla en sociedad como es debido, es seguro que encontrará la forma de situarse bien sin ocasionar mayores gastos a nadie. Una sobrina nuestra, sir Thomas, o al menos una de usted, no crecería en esta vecindad sin contar con muchas ventajas. No voy a decir que fuera tan atractiva como sus primas, porque supongo que no lo sería, pero tendría la oportunidad de ser presentada en sociedad en este condado bajo unas circunstancias muy favorables que, con toda probabilidad, le permitirían hacer un matrimonio muy meritorio. Y piensa usted en sus hijos varones, pero ¿no se da cuenta de que, de todo lo que podría pasar, eso es lo menos probable, al criarse siempre juntos como hermanos? Sería moralmente imposible. Desde luego, yo nunca he conocido ningún caso así. De hecho, es el modo más seguro de evitar que se produzca

tal relación. Pongamos que se convirtiese en una joven atractiva y que Tom o Edmund la viesen por primera vez dentro de siete años; entonces sí que se podría producir ese problema. La sola idea de que hubiésemos dejado que creciera lejos de nosotros, pobre y abandonada, bastaría para que cualquiera de esos dos muchachos tan encantadores se enamorase de ella. Pero si se criara con ellos desde ya mismo, e incluso aunque fuese bella como un ángel, nunca sería nada más que una hermana para los dos.

–Tiene mucha razón en lo que dice –contestó sir Thomas–, y nada más lejos de mi intención que poner impedimentos caprichosos a un plan tan congruente con la situación relativa de cada una de las partes. Lo único que quería hacer constar es que no nos deberíamos embarcar en una empresa así a la ligera, y que, para ser de verdadera utilidad a la señora Price y hacer algo de lo que nos podamos sentir orgullosos, habríamos de garantizar, o considerarnos comprometidos a garantizar el día de mañana, según lo que ocurra, que la niña contará con los medios que corresponden a una joven de buena posición, en el caso de que no se le presentara ese buen partido en el que con tanto optimismo confía usted.

–Le entiendo perfectamente –afirmó la señora Norris–. Es usted el hombre más generoso y considerado que pueda haber, y estoy convencida de que nunca estaremos en desacuerdo en ese punto. Como bien sabe, siempre estoy dispuesta a hacer todo lo que pueda por el bien de aquellos a los que quiero, y aunque nunca podría llegar a sentir por esa niña ni la centésima parte del cariño que les tengo a los hijos de usted, ni considerarla en

modo alguno tan mía como los considero a ellos, me odiaría a mí misma si fuese capaz de desatenderla. ¿Acaso no es la hija de mi hermana? ¿Acaso podría soportar verla pasar necesidades mientras yo tuviese un pedazo de pan que darle? Mi querido sir Thomas, pese a todos mis defectos, tengo buen corazón y, pobre como soy, antes me quitaría a mí misma lo necesario para subsistir a obrar de modo mezquino. Así pues, si no se opone usted, mañana mismo escribiré a mi pobre hermana y le haré la propuesta; y en cuanto esté todo arreglado, yo misma me encargaré de que la niña llegue a Mansfield, para que no tenga usted que molestarse de nada. Ya sabe que a mí no me importa tener que ocuparme de las cosas por fastidiosas que puedan ser. Enviaré a Nanny a Londres, que se puede quedar a dormir en casa de su primo, el talabartero, y que la niña se reúna allí con ella. No creo que haya ningún problema en que la manden desde Portsmouth en coche de postas, al cuidado de alguna persona respetable que dé la casualidad que tenga que ir a Londres. Supongo que siempre se puede encontrar a la esposa de algún comerciante de confianza o a alguien así que vaya a hacer ese viaje.

Sir Thomas no puso ninguna objeción más salvo en lo referente a las molestias que iban a causar al primo de Nanny, por lo que, tras sustituir esa parte del plan por otra más respetable, aunque menos económica, consideraron que ya estaba todo hecho y comenzaron a disfrutar de la satisfacción de haber tomado una decisión tan benévola. En estricta justicia, la división de esas gratificantes sensaciones no debería haber sido a partes iguales, ya que sir Thomas estaba plenamente resuelto a ser el ver-

dadero y constante benefactor de la niña elegida, mientras que la señora Norris no tenía la menor intención de gastarse nada en su mantenimiento. En lo que respectaba a caminar, hablar y discurrir cosas, era una mujer de lo más benévola, y no había nadie que supiese mejor que ella cómo dictar a los demás que fuesen generosos; pero le gustaba el dinero tanto como le gustaba dirigir a los demás, y sabía muy bien cómo ahorrarse el suyo y gastarse el de los otros. Dado que al casarse había pasado a disponer de unos ingresos más pequeños de los que siempre había pensado que tendría, desde el principio había considerado que era fundamental limitar sus gastos de forma muy estricta, y lo que comenzó como una cuestión de prudencia, pronto se convirtió en una de gusto, habida cuenta de que no existía ninguna descendencia a la que fuese necesario criar. De haber tenido hijos que mantener, es posible que nunca hubiese ahorrado dinero, pero como no la agobiaban esa clase de preocupaciones, no había nada que le impidiese ser de costumbres frugales, ni que aminorara su satisfacción de añadir cada año una nueva cantidad de dinero a una renta que siempre era superior a lo que gastaban para vivir. Al guiarse por ese principio que ella misma se había inventado, sin que sintiese ningún verdadero afecto por su hermana que pudiera contrarrestarlo, era imposible que aspirara a otra cosa más que a atribuirse el mérito de haberlo ideado y dispuesto todo para llevar a cabo una obra de caridad tan costosa, aunque cabe la posibilidad de que se conociera tan poco a sí misma que se hubiera vuelto a casa, tras mantener esa conversación, con la feliz convicción de que era la hermana y la tía más generosa del mundo.

Cuando volvieron a sacar el tema, tuvo ocasión de explicar su postura con más detalle, pues, al contestar a la pregunta que con toda tranquilidad le hizo lady Bertram, al efecto de si la niña se iba a quedar primero en una casa o en otra, sir Thomas se enteró, no sin cierta sorpresa, de que estaba totalmente fuera del alcance de la señora Norris que pudiera participar del cuidado de su sobrina. Él pensaba que la niña sería muy bien recibida en la rectoría, ya que así podría hacer compañía a una tía que no tenía hijos, pero descubrió que se equivocaba por completo. La señora Norris lamentó tener que explicarles que, al menos tal y como estaban las cosas entonces, era del todo imposible que la niña viviese con ellos. El precario estado de salud del pobre señor Norris lo impedía totalmente; antes podría echar éste a volar que soportar el ruido de un niño en casa; claro estaba que, si llegara a recuperarse alguna vez de la gota que padecía, ya sería una cuestión bien distinta, pues entonces ella estaría encantada de acoger a la niña sin que le importasen las molestias que pudiera causarle en lo más mínimo; pero justo en esos momentos el pobre señor Norris precisaba de toda su atención, y además estaba convencida de que la mera mención del asunto alteraría a éste sobremanera.

–En ese caso, lo mejor es que se venga a vivir con nosotros –dijo lady Bertram con la mayor compostura. Al cabo de una breve pausa, añadió sir Thomas con aire muy digno:

–Sí, que esta casa sea su hogar. Procuraremos cumplir con la obligación que hemos contraído con ella y, cuando menos, tendrá la ventaja de contar con unos compañeros de su edad y de una institutriz permanente.

–Sabias palabras –exclamó la señora Norris–, ya que ambas cuestiones son muy importantes. Y a la señorita Lee lo mismo le va a dar si tiene que enseñar a dos niñas que a tres, puesto que tampoco es que haya mucha diferencia. Nada me gustaría más que poder ser de mayor utilidad, pero ya ven que hago todo lo que está en mi mano. No soy de las que piensan en su propia conveniencia, y, como dije, Nanny irá a buscarla, por mucho que por eso me vea obligada a prescindir durante tres días de mi mejor ayuda y consejera. Supongo, hermana, que instalarás a la niña en esa pequeña buhardilla blanca que está cerca del antiguo cuarto de los niños. Yo creo que es el mejor lugar para ella, tan cerca de la señorita Lee, no muy alejada de las niñas, y con las criadas al lado, porque así cualquiera de ellas puede ayudarla a vestirse y ocuparse de su ropa, ya que supongo que no te parecerá correcto que Ellis la sirva como a tus hijas. La verdad es que no se me ocurre ningún otro sitio en el que pudieras ponerla.

Lady Bertram no tuvo ningún reparo que hacer a esa propuesta.

–Espero que resulte ser una niña de buena disposición –continuó la señora Norris–, y que sea consciente de la buena suerte que ha tenido al contar con unos protectores tan generosos.

–Desde luego, si demostrase ser propensa a la maldad –dijo sir Thomas–, no podríamos, por el bien de nuestros hijos, dejar que permaneciese en el seno de nuestra familia, pero tampoco tenemos motivos para pensar que vaya a ocurrir nada tan grave. Probablemente tenga muchas cosas que dejen bastante que desear, y hemos de ha-

cernos a la idea de que puede que sea de una ignorancia supina y tenga ideas y modales terriblemente vulgares, pero ni son defectos incurables ni creo que puedan resultar perniciosos para sus compañeros. De haber sido mis hijas más jóvenes que ella, el que se relacionasen con alguien así me habría parecido una cuestión muy delicada, pero, tal y como están las cosas, confío en que no haya nada que temer por lo que respecta a ellas, y que en cambio sea muy beneficioso para la niña.

–Eso mismo pienso yo –afirmó la señora Norris–, y es justo lo que le estaba diciendo a mi marido esta mañana. Ya el solo hecho de que se relacione con sus primas será toda una educación para la niña, le decía, e incluso en el caso de que la señorita Lee no le enseñase nada, aprendería de ellas a ser buena e inteligente.

–Espero que no haga rabiar a mi pobre doguilla[1] –comentó lady Bertram–, con lo que me ha costado conseguir que Julia la deje en paz.

–Nos vamos a encontrar con algunas dificultades, señora Norris –dijo sir Thomas–, a la hora de establecer las debidas diferencias entre las niñas conforme crezcan, pues habremos de lograr que mis hijas tengan siempre presente quiénes son sin que por ello tengan en muy poco a su prima, así como que ésta recuerde en todo momento, sin que eso la humille en exceso, que no es una señorita Bertram. Me encantaría que fuesen muy buenas amigas, y bajo ningún concepto consentiría que mis hijas demostraran la menor arrogancia hacia su pariente, pero, aun así, no pueden ser iguales. Su posición, fortu-

1. Raza de perro, también conocido como carlino. *(N. del T.)*

na, privilegios y expectativas habrán de ser ineludiblemente diferentes. Es una cuestión muy delicada, y espero que usted nos ayude a que actuemos siempre como mejor corresponda.

La señora Norris manifestó estar a su entera disposición y, por más que convino por completo con él en que se trataba de un asunto muy difícil, se mostró confiada de que entre los tres conseguirían resolverlo fácilmente.

A nadie costará mucho creer que la señora Norris no escribió a su hermana en vano. La señora Price pareció sorprenderse bastante de que eligiesen a una niña teniendo tantos hijos varones excelentes, pero de todas formas aceptó el ofrecimiento muy agradecida, asegurándoles que su hija era una niña de actitud y carácter muy buenos, por lo que confiaba en que nunca les diese motivo alguno para que tuvieran que apartarla de su lado. Añadía que la niña era de salud un tanto delicada y constitución algo enclenque, pero estaba convencida de que el cambio de aires le sentaría muy bien. ¡Pobre mujer! Probablemente también pensaba que un cambio de aires le sentaría muy bien a la gran mayoría de sus otros hijos.

Capítulo 2

La niña realizó el largo viaje sin problemas y fue recibida en Northampton por la señora Norris, la cual se pudo así regodear del mérito de haber sido la primera que le diese la bienvenida y de la importancia de conducirla ante la presencia de los otros e interceder ante ellos para que la acogiesen con toda su benevolencia.

Por aquel entonces Fanny Price acababa de cumplir diez años, y aunque a primera vista no se percibiese nada en ella que resultara muy cautivador, al menos tampoco había nada que pudiese desagradar a sus parientes. Era más pequeña de lo normal para su edad y no tenía una tez radiante ni ningún otro rasgo de gran belleza, además de ser extremadamente tímida y retraída e intentar siempre pasar desapercibida; pero su aire, aunque torpe, no era vulgar, poseía una voz dulce y, cuando hablaba, su semblante adquiría una expresión agradable. Sir Thomas y lady Bertram la recibieron con gran amabilidad, y

él, al percatarse de lo mucho que la niña necesitaba que la animasen a hablar, intentó comportarse del modo más conciliador posible, aunque para ello no pudiera prescindir del porte serio que lo caracterizaba y que no facilitaba las cosas, de manera que lady Bertram, sin tomarse la mitad de molestias y diciendo sólo una palabra por cada diez de su marido, con la mera ayuda de su amigable sonrisa se convirtió de inmediato para la niña en el personaje menos terrible de los dos.

Los hijos de la familia estaban todos en casa y llevaron muy bien la parte que les tocaba del recibimiento, con buen humor y sin mostrarse azorados, al menos por lo que respectaba a los varones, los cuales, a los diecisiete y dieciséis años, y siendo altos para su edad, mostraron a los ojos de su pequeña prima todo el esplendor de unos hombres hechos y derechos. Las dos chicas parecieron más desconcertadas al principio por ser más jóvenes y tener más miedo a su padre, el cual se dirigió a ellas en esa ocasión en un tono bastante exigente que no contribuyó a que se relajasen. No obstante, como estaban muy acostumbradas a relacionarse con gente y a ser objeto de halagos, no eran de natural retraídas, y sintiéndose más seguras de sí mismas conforme fueron comprobando la absoluta falta de seguridad de su prima, pronto estuvieron en condiciones de poder examinar detenidamente el rostro y el vestido de ésta con actitud relajada e indiferente.

Formaban una familia muy distinguida, pues los hijos eran muy apuestos y las hijas decididamente atractivas, además de estar todos muy bien desarrollados y parecer mayores de su edad, lo cual contribuía a que la diferen-

cia entre ellos y su prima en lo que a su aspecto se refería fuese tan notoria como en lo relativo a su distinta forma de comportarse, como consecuencia de la distinta educación que habían recibido. Nadie habría supuesto que las chicas fueran de edad tan similar como en realidad eran. De hecho, la más joven y Fanny sólo se llevaban dos años. Julia Bertram tenía doce años, y Maria era apenas un año mayor. Entre tanto, su pequeña invitada no podría haber sido más desdichada. Al tener miedo a todos, avergonzarse de sí misma y añorar el hogar que había dejado atrás, no era casi capaz de levantar la mirada ni de hablar de forma inteligible o sin echarse a llorar. Durante todo el camino desde Northampton, la señora Norris no había dejado de recalcarle la maravillosa buena suerte que había tenido, lo muy agradecida que debía estar y lo bien que se tenía que portar, por lo que su sufrimiento se acrecentaba aún más al considerar que era malvado por su parte no mostrarse feliz. Asimismo, el cansancio de haber hecho un viaje tan largo pronto se convirtió en un mal añadido. En vano fueron toda la bienintencionada condescendencia de sir Thomas y todos los oficiosos pronósticos de la señora Norris de que sería una niña buena; en vano sonrió lady Bertram e hizo que se sentara en el sofá con ella y con la doguilla, e incluso en vano la obsequiaron con tarta de grosellas; nada contribuyó a que se sintiera más calmada, y apenas pudo tragarse dos bocados antes de verse interrumpida por un nuevo acceso de llanto. Como en esos momentos parecía que sólo el sueño podría ser su mejor amigo, se la llevaron a la cama para que terminara de afligirse en ella.

–No ha sido un comienzo muy prometedor –dijo la señora Norris una vez hubo salido Fanny de la habitación–. Después de todo lo que le he dicho mientras veníamos hacia acá, pensaba que se iba a portar mejor, y eso que le he insistido en lo importante que era que supiese desenvolverse bien desde el primer momento. Espero que no haya salido de carácter un tanto malhumorado, del que su pobre madre tenía mucho, pero de todos modos hemos de ser indulgentes con una niña como ella. Al fin y al cabo, el que lamente haber dejado su hogar tampoco es nada que la desmerezca, ya que, pese a todos sus defectos, era su hogar, y es demasiado pronto para que entienda el cambio a mejor que está viviendo. Aun así, todo ha de tener su término medio.

Sin embargo, Fanny necesitó más tiempo del que la señora Norris estaba dispuesta a concederle para que se acostumbrara a la novedad de vivir en Mansfield Park y a estar separada de todos aquellos que la habían rodeado hasta entonces. Sus sentimientos eran demasiado intensos, sin que nadie los comprendiese lo suficiente para que pudiesen ser atendidos como era debido. Nadie tenía intención de ser desagradable con ella, pero tampoco nadie se esforzaba para que la niña se sintiera más a gusto.

La jornada de vacaciones que, al día siguiente de su llegada, se concedió a las señoritas Bertram, de manera que dispusiesen de tiempo libre para relacionarse con su prima y fueran conociéndola mejor, no sirvió para crear grandes lazos de unión entre las niñas. Maria y Julia no pudieron evitar sentir cierto desprecio por Fanny cuan-